



# Viaje a los M

**I**R a Teruel desde Barcelona, donde me encontraba cuando emprendí mi viaje a los Montes Universales, es toda una aventura, salvo, naturalmente, que se vaya en coche. Hay que ir a Sagunto o bien a Zaragoza y nadie, en las oficinas de orientación turística, sabe informarle a uno de si existen líneas de autobuses que hagan esa ruta. Nosotros —me acompañaba en el viaje un hermanillo mío estudiante de Filosofía— optamos por ir a Zaragoza pensando que, si no podíamos tomar el tren de Teruel, nos quedaríamos aquella noche en la capital y aprovecharíamos la ocasión para ir al Plata, que es un café-cantante único en Europa en su género, y al Oasis, teatrillo de variedades un poco al estilo de El Molino, de Barcelona. Zaragoza siempre ofrece algo y, en último extremo, se sube uno al «Cupulín» del Pilar —a mí la palabra «Cupulín» me enloquece— y mira las vistas, que son muy bonitas. A todo esto, íbamos en el «expres» un poco aburridos y con bastante calor cuando, para matar el rato, empezamos a charlar con una chica que iba, como nosotros, en la plataforma, pues teníamos lo que se llama «billete sin asiento» y el tren iba a rebosar de gente: que si la Renfe, que si esto es un abuso, que si a mí lo que me gusta de Madrid es el ambiente, que si los catalanes, cuando son amigos, son amigos; en fin, esas cosas que se suelen hablar en los trenes. La chica tenía una hermana casada en Barcelona. El lector que haya viajado un poco por España sabe muy bien que casi todas las chicas que se encuentra uno en los trenes tienen una hermana casada en uno de los extremos del trayecto. Es una constante de nuestra sociología ferroviaria. Bueno, pues esta chica trabajaba, además, en Barcelona, aparte de tener allí una hermana casada, y llevaba consigo una garrafa, porque, como iba a pasar unos días en casa de sus padres en un pueblo, no sé qué pueblo dijo, del Bajo Aragón, pues aprovechaba el viaje para traérsela llena de vino a su vuelta. Dice que aquel vino le gustaba mucho a su cuñado, que era catalán, muy buena persona. Nos contó su caso con lo de la Renfe y es que, encima de no haberle dado plaza, le habían cobrado doble porque ella iba a Cas-

pe y parece ser que para Caspe sólo despachan billete con asiento, y como no había billetes con asiento, pues claro, pagar doble. Nosotros habíamos pagado sencillo hasta Zaragoza, ya que, como el trayecto es más largo, dan billetes sin asiento. Pero hacia tanto calor y la plataforma iba tan llena de gente que surgió en nosotros ese sentimiento de solidaridad que a menudo nos une a los compañeros de viaje en los trenes españoles. Nos lamentamos de tener que ir hasta Zaragoza a tomar el tren de Teruel, y dice ella: ¿Y a Zaragoza van para ir a Teruel? —Pues claro, ¡qué vamos a hacer! —¡Huy!, pero si desde Caspe sale un autobús que va para abajo, yo no sé si llega a Teruel, ¿verdad?, pero va hasta Alcañiz y desde Alcañiz salen ustedes para Teruel. Había allí un señor que dijo que antes, no hace mucho tiempo, hacia aquel viaje tres veces por semana y que siempre tomaba el coche de línea de Alcañiz a Teruel. Estupendo, díjimos nosotros, y nos bajamos en Caspe. No nos dio tiempo de ver la ciudad porque, a los pocos minutos, salía el coche de Alcañiz. Durante el viaje, la chica nos contó muchas cosas. Su padre era tratante de ganado y su hermano, que era algo mayor que ella, se ganaba muy bien la vida y tenía coche. Dijo que su pueblo era muy bonito y que podía uno bañarse en el río; ella se bañaba en bikini, aunque su madre refunfuñaba. Era muy simpática, se llamaba Rosi, pero tuvimos que separarnos de ella en Alcañiz. Tomamos billetes para el coche de Montalbán, porque el de Teruel no salía hasta la mañana siguiente, y de esta manera nos acercábamos a nuestro destino. Rosi nos dijo que, nada, resulta que ahora no tengo coche para mi pueblo, o sea, que ya ha salido. Mecachis, dije yo. No, no importa, voy a telefonear a mi hermano y que me venga a buscar en el coche, para eso es mi hermano. Y si no viene en el coche, que venga en la moto, porque, además del coche, tiene una moto. ¡Sí, tiene de todo, está como quiere! Lo sentimos mucho, dijimos nosotros, pero nos vamos a Montalbán, adiós. Adiós, adiós, encantada, dijo ella, y nos montamos en el coche de Montalbán. Pasamos por Calanda, Alcorisa y otros pueblos y la gente se fue bajando hasta que nos quedamos casi solos en el autocar. Empezamos a hablar con el cobrador, el cual nos contó que él era de Alcañiz, pero que había ido hacia unos años a Montalbán a trabajar en las minas de carbón y, lo que son las cosas, se casó con una moza de Montalbán y se quedó allí; luego se empleó en las líneas del

Bajo Aragón y allí estaba, haciendo cuatro viajes diarios. El paisaje era muy árido, de montes muy pelados, aunque se estaba trabajando bastante en la repoblación forestal. De pronto, el conductor paró el coche en medio del campo, en un lugar donde no había nada. Ahora verán ustedes, dijo el cobrador. Nos bajamos y dice, vengan conmigo, verán qué maravilla. A un lado de la carretera había una fuente que no habíamos visto desde el coche. Ponga la mano aquí, verá qué fría sale. Pusimos la mano en la fuente y salió muy fría. Es media vida, dijo satisfecho el cobrador. Le advierto que han venido por aquí señores de Madrid y de Barcelona y han dicho que ya quisieran ellos tener en su ciudad una cosa así. Bebimos en la fuente y nos volvimos a montar en el autocar. Es media vida, repitió el cobrador cuando el coche arrancó. Al poco tiempo llegamos a Montalbán y tomamos habitaciones en una fonda de la carretera. Luego fuimos a dar una vuelta por el pueblo. ¡Qué bonitos son los pueblos aragoneses! Bonitos, hombre... hay que saber comprender esa belleza. Resecos, quemados por el sol y enquistados entre peñascos de color parduzco, siempre con su torre mudéjar de ladrillo rojo que parece que vada a derrumbarse. Y luego, a la orilla del poblado, una pequeña vega regada por un río que baja casi seco en verano, entre álamos y chopos. Montalbán es así, pero no se crea que se trate, como suele decirse, de un pueblucho. Tiene alguna importancia, porque se ha convertido en el centro de la región carbonífera de Utrillas y viven allí los ingenieros y empleados de la compañía y también muchos mineros. El carbón de las minas de Utrillas, por lo que nos dijeron, era antes un negocio ruinoso y apenas lo consumían los vecinos de los pueblos circundantes; pero desde que construyeron, a unos kilómetros de allí, la central térmica, parece que es rentable explotar las minas y trabajan a plena producción. Con esta mejora y los cambios que allí se han producido, Montalbán daría tema para escribir un libro, un libro sociológico de los que ahora se escriben, o bien una novela (¡que no saliera una novela de la berza!). El pueblo es muy interesante, tiene unos cuatro mil habitantes. Hay agricultores que cultivan el trigo en secano y las pequeñas huertas de las márgenes del río, hay empleados de las oficinas y mineros que todas las mañanas salen en autobuses para Utrillas. Y luego están los señores, que son, no sé, los ingenieros y los altos empleados de las minas, o bien los foras-

teros que veranean en unos cuantos chalets construidos al borde de la carretera. Fuimos a la piscina, una piscina reglamentaria, donde nos estuvimos bañando, y en el bar de la piscina había familias de estas tan típicas de la clase media española, con mentalidad, no sé si se comprenderá bien lo que quiero decir, de vermú con aceitunas rellenas: la madre, con un traje blanco a topos, el padre con sahariana y las niñas con los novios, haciendo goma, como suele decirse. Al caer la tarde nos sentamos en el Bar Frontón, en una especie de patio abierto que da a la carretera y en el centro del cual hay un cerezo. Tomamos una cerveza con olivas, como dicen los aragoneses, y una ración de cecina que, según nos informó el camarero, es lo que más se trabaja por allí en plan de tapas. En una mesa había un grupo de muchachos con un poquito de melena, no mucho, allí nadie se atreve a ir con melena de verdad, y unas chicas alemanas a las que ellos trataban de enseñar a jugar al tute. Dos de los muchachos chapurreaban el alemán, y supusimos que eran emigrantes del pueblo que venían de Alemania con las chicas a pasar unos días. Se relan mucho cuando alguna de ellas, con ayuda de su vecino, conseguía cantar las cuarenta. Por la carretera, anochece ya sobre Montalbán, se veía a la gente en su paseo diario. Pasaban grupos de muchachas de jersey colorado, algunas de ellas con el hermanito en brazos. Hablaban unas con otras muy de prisa y moviendo las manos de esa forma tan graciosa que ya no se ve en las capitales. Cenamos en la fonda, en un comedor pintado de verde que tenía las paredes adornadas con ramilletes de flores de plástico. La habitación de dormir que nos habían dado tenía dos camas, una de ellas enorme, negra, con colcha morada, y una consola con espejo. Las paredes estaban pintadas de bermellón y de una de ellas colgaba un cuadro con una estampa del Sagrado Corazón de Jesús, de estas que te miran siempre, te pongas donde te pongas, con una expresión a la vez dulce y atribulada. Dormimos muy bien y hacia las seis y media ya estábamos tomando café con leche condensada en un bochínche que está frente a la fonda, y esperando el coche de Teruel. La ciudad de Teruel es muy bonita. Su plaza central, la Plaza del Torico, es una de las más graciosas de España, con sus soportales a ambos lados y la deliciosa estatuilla del toro. Hay una leyenda, según la cual, cuando los cristianos pusieron cerco a la ciudad musulmana, los árabes sitiados sol-

Por LUIS CARANDELL

# Montes Universales

taron unos cuantos toros con haces de leña encendidos sobre las astas. Uno de estos toros se quedó bramando en el lugar donde se encuentra hoy la plaza y los cristianos, interpretando que el toro les llamaba, entraron en la ciudad y adoptaron, en agradecimiento, el emblema del toro con la luminaria sobre los cuernos. Por eso el escudo de Teruel tiene hoy un toro con una estrella. En esta plaza predicó San Vicente Ferrer, pronosticando la destrucción de Teruel, que había de cumplirse, trágicamente, siglos más tarde, en 1937, en una de las batallas más sangrientas de la guerra civil. El otro día, cuando pasamos por la Plaza del Torico, la encontramos llena de gente. Preguntamos qué pasaba y nos dijeron, nada, es que van a pesar una familia en duros. Pero la leyenda que realmente ha dejado su sello en la ciudad es la de los

Amantes, leyenda de amores imposibles, de fuerte regusto boccaciano. En los discursos oficiales, en las crónicas convencionales de los periodistas, Teruel será siempre La Ciudad de los Amantes. Hay allí un Bar los Amantes, un Anís los Amantes y, en los días de las Fiestas, se celebra una competición deportiva denominada Moto Cross Amantes de Teruel. La tumba de los Amantes se encuentra en una capilla de la iglesia de San Pedro. Bajo las estatuas yacentes en alabastro, debidas al retórico cincel de Juan de Avalos, pueden verse todavía, a través de la urna de cristal, los esqueletos de don Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura, que relatan al visitante, en recios tonos de aguafuerte ibérico, una hermosa historia renacentista de amor y de muerte. En ella se complace la ciudad; aún

puede escucharse al jotero, en días grandes, la copla:

**Mientras haya un turolense,  
otro Diego puede haber,  
y si hay una teruelana  
puede haber otra Isabel.**

y, cuando se habla de esto entre españoles, siempre hay alguien que repite los versos, surgidos del alma vieja e incrédula del pueblo:

**Los amantes de Teruel,  
tonta ella y bobo él.**

No se puede pasar por Teruel sin detenerse a contemplar la maravilla de sus torres mudéjares gemelas, la de San Martín y la del Salvador. La primera se encuentra en una explanada rodeada de un jardín. La segunda se levanta en un callejón estrecho sobre la iglesia llamada del Cristo de las Tres Manos. Bien sea por esta cuestión de perspectiva o porque

la del Salvador tiene una mayor cantidad de cerámica verde y blanca incorporada a su fábrica, el hecho es que aventaja en mucho a la de San Martín y a nadie podría sorprender el hecho, que relata la leyenda, de que fuera su arquitecto quien consiguiera el amor de la princesa mora puesto en juego en la construcción de estas dos torres. Su contemplación, brillante a la luz del sol, con los tonos rojizos del ladrillo y verdosos de la cerámica, constituyen un goce estético difícilmente igualable ante un monumento arquitectónico. Con la imagen de la Torre del Salvador en la retina abandonamos Teruel en el coche de línea que había de conducirnos a la ciudad de Albarracín, puerta de los Montes Universales. ■ L. C.

Próxima entrega:  
«LAS SIERRAS UNIVERSALES»

